



Qué fue del 19 de julio

Juan García Oliver

Juan García Oliver
Qué fue del 19 de julio
1938

GARCÍA OLIVER, Joan. "El 19 de julio de 1936". Le Libertaire, 18 ago. 1938. Texto reproduzido como epílogo em: PAZ, Abel. El 19 de Juliol de 1936. Barcelona: Manifest Llibres, 2023. Edição bilíngue (catalão/castelhano). Trecho disponível em: <https://www.lavozdelarepublica.es/2023/07/avance-editorial-el-19-de-julio-de-1936.html>

arquivolucyparsons.anarchistlibraries.net

1938

Índice general

El problema de les armes	4
Plan de combate	7
El ataque	10
Los factores que determinaron la victoria de julio del 36 fueron:	12
El Comité Central de Milicias	13
La verdadera democracia	16

desde el principio, las fuerzas mayoritarias de la CNT y de la FAI impusieron a todos cordialidad y unidad de acción.

Si hoy podemos ofrecer al mundo el espectáculo de la lucha por la independencia de España y no por el predominio de partidos o de organizaciones, es gracias a nosotros. Y si triunfamos, algo de lo que no dudo, y si hacemos de España un gran pueblo que comprenda igual a todos los ciudadanos, será también gracias a nosotros.

Los militantes libertarios se encontraban a la espera de los acontecimientos previstos. Si las derechas triunfaban en las elecciones, su triunfo significaría la persecución del proletariado y la anulación de todas sus conquistas sociales, algo contra lo que el proletariado se rebelaría. Y si eran las izquierdas las que ganaban, como las derechas habrían jugado y perdido su última carta legal, éstas habrían recurrido al golpe de estado y al levantamiento clerical y militarista. Con este punto de vista y con esa convicción, de la que la realidad demostró la exactitud, es fácil imaginar que no queremos inactivos.

En primer lugar, algunos compañeros serios nos traían nuevas interesantes de los cuarteles y de los campos de aviación. Por medio de ellos conocíamos las reuniones de los oficiales, el armamento de que se disponía en los cuarteles, las armas que los jefes y oficiales fascistas se llevaban a su casa. Otros compañeros, introducidos en la policía, completaban nuestra información. Y, así, con nuestras informaciones, con todo lo mencionado y con los rumores que circulaban, pudimos —a tiempo— dirigirnos al proletariado del resto de España, incorporado a nuestra disciplina, y alentar -lo a rechazar por la fuerza cualquier tentativa por parte de la reacción.

Los compañeros que vigilaban los cuarteles nos informaron de la enorme actividad que se observaba, a mediados de julio, y avisamos a los compañeros de más confianza para que no se durmieran y que las horas de reposo obligatorio se pasaran en grupo y asegurando una vigilancia permanente, para poder acudir en cualquier momento allá donde fuera necesario. Así, en vela continua, las primeras chispas de la traición nos encuentran en la calle, a punto de luchar y decididos a todo. Antes de llegar a este momento, sin embargo, todavía hay que mencionar otra cosa.

El problema de les armes

La CNT y la FAI, a pesar de ser las amas absolutas de la ciudad de Barcelona, así como de Cataluña, no se decidieron a ser totalitarias en su acción, quizás con un sentido de madurez revolucionaria.

Nosotros no hicimos, sin duda, una revolución totalitaria; pero, en cambio, hicimos una profunda revolución. Tan profunda que, incluso hoy, dos años después de renuncias y concesiones constantes, quedan en pie unos principios y vestigios gloriosos que nunca podrán desaparecer. La impronta de nuestra revolución ha sido profunda. Seguramente, en toda la historia, no se encontrará una huella tan profunda, incluso en Rusia.

Pretender acaparar el movimiento a base de imponer nuestra influencia totalitariamente nos habría conducido a un desastre. Si, en el exterior, no nos han dado el apoyo necesario, a pesar de todas las transigencias revolucionarias que hemos hecho, calcula cuál habría sido la actitud internacional si el sentido totalitario hubiera aparecido. El totalitarismo es el escollo inexpugnable con el que chocan las revoluciones de todos los pueblos.

Nuestra madurez revolucionaria nos hizo buscar contacto y vida en común con todos los sectores. Y ofrecimos el ejemplo sin precedente que, habiendo sido mayoritarios, nunca, bajo nuestra influencia, se persiguió, ni siquiera desconsiderar, ningún sector antifascista por poco importante que éste fuera. Nuestra norma fue respetarlos todos y obligar al respeto recíproco. Esa altura de miras y esa conducta que hemos observado en todo momento no han sido comprendidas, ni siquiera apreciadas por los demás sectores antifascistas. Pero siempre, con pruebas de todo tipo, de documentos y de hechos vividos, se podrá demostrar que, a los dos años de lucha y de magnífica resistencia, ésta última es posible porque,

La verdadera democracia

En Barcelona, poseíamos muy pocas armas. Tan sólo algunos grupos tenían pistolas, y veíamos cómo se acercaban y precipitaban los acontecimientos sin que dispusiéramos de armamento.

Ante este espectáculo, Paco Ascaso, Durruti, Aurelio Fernández Sans y yo nos dedicamos a cultivar la amistad de algunos aviadores de la base de El Prat. Entonces, en contacto con ellos, pudimos empezar a llevar a cabo nuestros proyectos.

Nos reunimos en casa del compañero Vivancos, en cuanto nuestros servicios de enlace con los cuarteles nos informaron de que en la de Sant Andreu había un depósito de 90.000 fusiles, unas cuantas docenas de ametralladoras, cañones y una gran cantidad de cartuchos y proyectiles. Todas nuestras charlas con nuestros amigos aviadores tenían el objetivo de comunicarles la existencia de estos depósitos, así como el objetivo primordial de los pocos aparatos que había en Barcelona, si querían rendir un servicio positivo a la causa del proletariado. Por eso, era necesario que, si el levantamiento militar fascista se producía, estas armas pasaran al pueblo, que, dirigido y alentado por los hombres de la organización, era capaz de enfrentarse al ejército, pero que sería vencido fatalmente, si no se le daban las armas indispensables para la lucha. Nuestras decenas o cientos de revólveres no podían asegurar la victoria ante un ejército formidablemente equipado; y la clase obrera sería derrotada si, en las próximas 24 o 48 horas, no se la armaba apropiadamente. Por eso, en las reuniones con los aviadores siempre acabábamos designando el mismo objetivo: el cuartel de Sant Andreu, lleno de municiones y de armamento, que debía ser destruido por la aviación a fin de que los trabajadores pudieran hacerse dueños de las armas.

Al amanecer del día del levantamiento, la CNT dio la consigna de ir a Sant Andreu y asaltar los cuarteles, tan pronto como fueran bombardeados por los aviadores, ametralladoras, fusiles y municiones que había almacenados. Sin embargo, los acuerdos tomados no fueron ejecutados hasta la tarde, y no negaré que, por la mañana, pasé momentos muy malos, porque veía la situación perdida para nosotros.

cista, así como las patrullas de control, órgano de represión del fascismo.

El Departamento de Propaganda fue el encargado de encauzar el entusiasmo de las masas y de llevar al extranjero el verdadero sentido de nuestra lucha.

El Comité estaba compuesto por representantes de todos los sectores antifascistas, pero la organización libertaria lo controlaba de forma mayoritaria.

Yo me encargaba del Departamento de Guerra; Aurelio Fernández, del de Orden Público; Domènech, del de Avituallamiento.

Ya en funciones ejecutivas, el Comité Central de Milicias procedió a la formación de las unidades que debían salir de Barcelona, frente a un frente desconocido, para hacer frente al fascismo donde pudiera parecer vencedor. Las noticias que nos llegaban daban como seguro que Zaragoza se encontraba en su poder, y decidimos que las primeras fuerzas se marcharían hacia Zaragoza, aunque no sabíamos dónde encontrarían el primer obstáculo.

Convocamos a los voluntarios en el paseo de Gràcia y dispusimos una concentración muy numerosa, y camiones, a lo largo de la Gran Via Diagonal.

Constituimos un estado mayor formado por Durruti, Josep Gromer, Pérez Farràs y otros.

Al llegar a Lleida, los milicianos se dividieron: Durruti con Pérez Farràs tomaron el camino de Bujaraloz, y Del Barrio, con otros grupos, se dirigió hacia Huesca. El hecho de que las fuerzas rebeldes fuesen contenidas durante meses sin poder avanzar hacia Catalunya da una idea de la importancia de la salida de estos milicianos.

El Comité Central de Milicias surgió en cuanto fue vencida la rebelión militar, a iniciativa del presidente Companys, quien reunió en su despacho a los representantes de los diferentes sectores antifascistas y, tras una entrevista memorable con los hombres de la CNT y de la FAI, les expresó su sentimiento, reconociendo que éramos los árbitros de la ciudad y de toda Cataluña. Companys, con un sentido liberal perfecto, se ofrecía incondicionalmente a los trabajadores. Si nosotros considerábamos que él estorbaba, estaba dispuesto a marcharse. Si creíamos que, con su cargo y su prestigio, podía ayudar a la causa del pueblo, él estaba dispuesto a procurar soluciones que pudieran normalizar la vida de los ciudadanos y arreglar, de forma práctica e inmediata, la colaboración armada de Cataluña a la causa popular que se estaba resolviendo en el resto de España.

De esa conversación con el presidente de Cataluña y del contacto y la colaboración con otros sectores que, en rigor, entonces no representaban ningún bagaje considerable, surgió el Comité Central de Milicias, que asumió funciones ejecutivas y lo hizo con tanta justicia que se convirtió en un instrumento maravilloso de gobierno.

Este comité tenía, junto con otros de menor relieve, un Departamento de Guerra, encargado de organizar, preparar y enviar milicias al frente; de la dirección de la guerra; de la creación de industrias de guerra; del avituallamiento militar; de la disciplina y el orden guerreros en las unidades y cuarteles de la retaguardia y en las unidades que se concentraban en los frentes.

Otro departamento era el de Orden Público, encargado de restablecer el orden y el derecho entre la población, lo que se obtuvo rápidamente con la creación de la vigilancia antifas-

Plan de combate

Sin embargo, un factor con el que no podíamos contar nos favoreció e hizo que la victoria se convirtiera en estallando y definitiva unas horas más tarde. Este factor, inesperado para mí, fue el desconocimiento por parte de los facciosos de la topografía de la ciudad.

Se dice que Goded era un gran general. No entiendo por qué, ya que su genio militar no se reveló en modo alguno. De las tres grandes arterias que unen la parte alta de la ciudad con la parte baja y el puerto —es decir, el Paral·lel, las Ramblas y la Vía Layetana—, las tropas rebeldes sólo tomaron el Paral·lel. No se decidieron a tomar la Via Laietana por el paseo de Colón, temiendo la acción de la Jefatura de Policía, que entonces se encontraba por allí, y la de Gobernación de la Generalitat, situada un poco más arriba. Prefirieron atacarla por la plaza de Urquinaona, perdiendo tiempo dando la vuelta, y además nos dejaron totalmente abandonada esta enorme arteria que son las Ramblas. En estas últimas, sólo estábamos nosotros. Pronto las convertimos en nuestro cuartel general, y las numerosas calles que acceden a él nos permitían unos enlaces maravillosos con nuestras tropas. De las Ramblas, podíamos desplazarnos sin ningún tipo de dificultad, por un lado hacia la Via Laietana, a través de las calles y callejones, y por el otro lado hacia el Paral·lel, a través del Distrito Quinto. Además, comunicábamos con la plaza de Catalunya, que dominábamos casi por completo, ya que ellos tan sólo tenían la parte del Casino Militar con la esquina del paseo de Gràcia.

Pronto nos dimos cuenta de que al mando rebelde reinaba la desorientación, y dado que a nuestro alrededor se habían reunido miles de hombres provistos sobre todo de armas blancas y de algunos cientos de revólveres, decidimos que, en lugar de los rasgos aislados, nos dispondríamos a una acción

El Comité Central de Milicias

Los factores que determinaron la victoria de julio del 36 fueron:

- Que la clase obrera de Barcelona, con una educación de lucha de varios años que le dio el movimiento anarquista, estaba decidida a luchar; - Que los elementos más destacados de la CNT y de la FAI no decepcionaron en absoluto a las masas obreras educadas para la revolución. Al contrario, se colocaron en cabeza desde el primer momento y no abandonaron la calle hasta que los militares fueran vencidos; - El espíritu antifascista de un grupo de oficiales mecánicos y de soldados de aviación de la zona aérea de El Prat de Llobregat; - Que la mayor parte de las fuerzas de asalto y de seguridad, con la parte más numerosa y mejor de los altos mandos de orden público, permanecieron fieles, luchando con entusiasmo junto a los trabajadores; - Que el presidente de la Generalitat no desertó de su puesto y alentó con su presencia la resistencia armada del pueblo.

combinada de ataque para romper su línea del Paral·lel, que cortaríamos, si era posible, por varios lugares. Dejamos entonces a Durruti una de las pocas ametralladoras que habíamos tomado en el asalto al cuartel de la avenida de Icària y, con un grupo, Durruti hizo guardia en la plaza del Teatre, para defender las Ramblas de un posible ataque y proteger los movimientos que Francisco Ascaso y yo teníamos que llevar a buen puerto con otros compañeros rompiendo, en el Paral·lel, el frente de los insurgentes.

El ataque

Ascaso avanzó por la calle Conde del Asalto (hoy calle Nou de la Rambla) y yo por la de Sant Pau. Teníamos que converger para atacar a los rebeldes. Pero la situación de Ascaso era muy difícil porque, al llegar al Paralelo, tenía delante a un enemigo potente perfectamente atrincherado en las Atarazanas, la parte de la aduana y la fábrica de electricidad. Sus compañeros iban casi desarmados, las pistolas por sí solas no podían forzar esta línea. Cuando llegó con sus compañeros al cruce de la Ronda, nos dimos cuenta de lo que sucedía. Y entonces dimos un rodeo para salir por el Paralelo y sorprender al enemigo por detrás. En efecto, frente a El Molino, se infligió a los rebeldes la derrota más terrible. El pueblo, con pistolas como principal elemento de lucha, había vencido al ejército.

El primer cuartel en rendirse fue el de la avenida de Icaria. La última, la de las Drassanes, donde murió gloriosamente Ascaso. Los aviadores sobrevolaron Sant Andreu durante la tarde y entonces el pueblo dispuso de fusiles.